

ABC

La luz de España

Un bilbaíno, Agustín Maruri, se ha dedicado a rescatar de las sombras a guitarristas eclipsados por figuras valiosas, pero no únicas. No sirve para nada la lámpara escondida o apagada, como hemos oído en el Evangelio. Abrir un instituto en Bucarest o resucitar la bellísima música de «los olvidados del XIX» es «encender la luz de España»



Por José Antonio Jáuregui
ANTROPÓLOGO

«Lamentablemente, en la discografía guitarrística actual se produce un fenómeno de reiteración en lo que al repertorio se refiere. Esto no solo se debe a la falta de imaginación de los productores y a la dictadura del mercado sino también y en gran medida al desconocimiento del repertorio original que la guitarra posee. Cuando bajo esta óptica nos acercamos al escenario español, la situación es casi dramática.

No existen prácticamente grabaciones disponibles en el mercado que recojan en medida alguna a los guitarristas españoles del siglo XIX. Esto se entendería si durante ese periodo, y como se ha creído durante mucho tiempo, la única figura digna de atención fuera Francisco Tárrega. Muy al contrario, lo cierto es que existe toda una generación de guitarristas-compositores digna de atención, revalorización y respeto a quienes podríamos dominar «los olvidados del XIX».

Leo este texto en un compact disc -término inevitable del «castellanki» (Madariaga) que nos invade- que me envía Agustín Maruri, uno de esos bilbaínos que, como Miguel de Unamuno, se siente cómodo en la Glorieta de Bilbao de Madrid, símbolo del «buen rollo», como dicen ahora nuestros jóvenes, entre el oso y el madroño y el árbol de Guernika o Guernika (la k no es más abertzale que la c o que la q, como saben los griegos que nos legaron su letra k, la ka. Entre paréntesis).

Un bilbaíno, Agustín Maruri, solo ante el peligro económico -o casi solo-, con un esfuerzo de titán, se ha quemado las cejas en la Biblioteca «Nacional» -con permi-

so de los nacionalistas y de los nacionalistas- ha descubierto a «los olvidados del XIX», magníficos compositores de guitarra clásica enterrados en el cementerio español del olvido e, incluso, del desprecio.

No solo la envidia que, como dijo Quevedo, es «flaca porque muere pero no come», muerde a los envidiados vivos sino incluso a los muertos. El mono no juega con los muertos al juego del ser más, pero el Homo rationalis (¡ojalá!) tiene que competir con los muertos inmortales que «de hacen sombra». Mao no solo se midió con Lenin, con Stalin y con Trotsky sino con un muerto tan inmortal en China como Confucio. «Ninguno» a este sabio chino, desterrando su obra y prohibiendo su lectura.

Maruri no solamente ha tenido la paciencia y el tesón de buscar en el inmenso océano de la Biblioteca Nacional, dirigida hoy por el vasco Juaristi, a los naufragos u olvidados del XIX, sino que ha sacado a escena en un disco editado por The Metropolitan Museum of Art (¡Gracias Nueva York!) composiciones bellísimas, primorosamente interpretadas por este vir-

tuoso de la guitarra clásica, de José Viñas, Federico Cano, Julián Arcas, Valentín Borrero y Luis Sorria. Sin duda estos compositores olvidados y todos los españoles estamos endeudados con Agustín Maruri. También le está agradecido Pedro Fuentes por haber tocado estas piezas en una guitarra que construyó este artesano aragonés, hoy propiedad de este museo neoyorquino.

Umbral en un artículo titulado «Cervantes» (El Mundo, 3 de Febrero 2001) dice: «Ahora se ha muerto Lapesa, maestro del español, pero la misa sigue, aunque el canónigo decaiga. Es lo bueno de la literatura... España torna con libros, no espingardas ni atrocidades a rincones de Europa... Los Institutos Cervantes se multiplican por el mundo y Fernando Rodríguez Lafuente, ese genio ramoniano y yuppy, es quien abre de pronto un Instituto en Bucarest... Se enciende la luz de España».

Frente a los que quieren sumirnos en una edad oscura y oscurantista, los Fernando Savater, las Eburne Uriarte, los Manu Montero -un Rector en verdad «Magnífico», «que hace cosas grandes/grandiosas»-, los Carlos Herrera,

los Antonio Burgos, los Luis del Olmo, tantos intelectuales, periodistas y políticos valientes han encendido la antorcha de la libertad, también la luz de España. Antonio Mercero en una deliciosa película suya definió aquella España y aquel Madrid de españoles matando a españoles en nombre de España como «la hora de los valientes».

Hay horas en el reloj de la historia en las que se revela el verdadero currículo de cada quisque y terminamos sabiendo quién es quién. Podría Sócrates haberse callado, pero eligió el desempeñar el papel de tábano ético y en vez de escaparse, prefirió hacer un brindis con cicuta a la libertad. «¿Por qué Dios en su infinita sabiduría habrá creado al gilipollas (con perdón)?» Hice esta pregunta a mis estudiantes en la Universidad Complutense. Los cretinos, los envidiosos, los cobardes, los criminales, los discípulos de Midas y de Nerón paradójicamente son útiles malgré eux-mêmes «a pesar de ellos mismos», como dice con sorna el pueblo de Molière y de Georges Brassens. Es la paradoja de la historia.

Sin aquellos profesores mediocres y envidiosos que arrestaron y encarcelaron a Fray Luis de León nos quedamos sin el «Dicebamus Haesterna Die», sin el bello poema «aquí la envidia y mentira me tuvieron encerrado», sin el «decíamos ayer» y sin el aula de Fray Luis de León que hoy exhibe con orgullo Salamanca en su escape-rate ético y estético.

Sin el beso traidor de Judas, sin la cobardía del Prefecto Pilatos y sin la locura criminal de los Anás y los Caifás nos quedamos sin aquel Cristo al que Europa ha dedicado el calendario, la arquitectura de las Catedrales góticas, los Réquiems de Mozart y las Misas de Bach...

«Yo, que soy un escéptico, me van a convertir esa gente en un mártir». He leído este comentario de Fernando Savater que, como buen filósofo, se ha sorprendido ante esta paradoja. Sin la oscuridad no sería necesaria la luz, incluida la luz de España.

